

Cecile

Gerardo **Ramírez Monroy**

CCH Sur

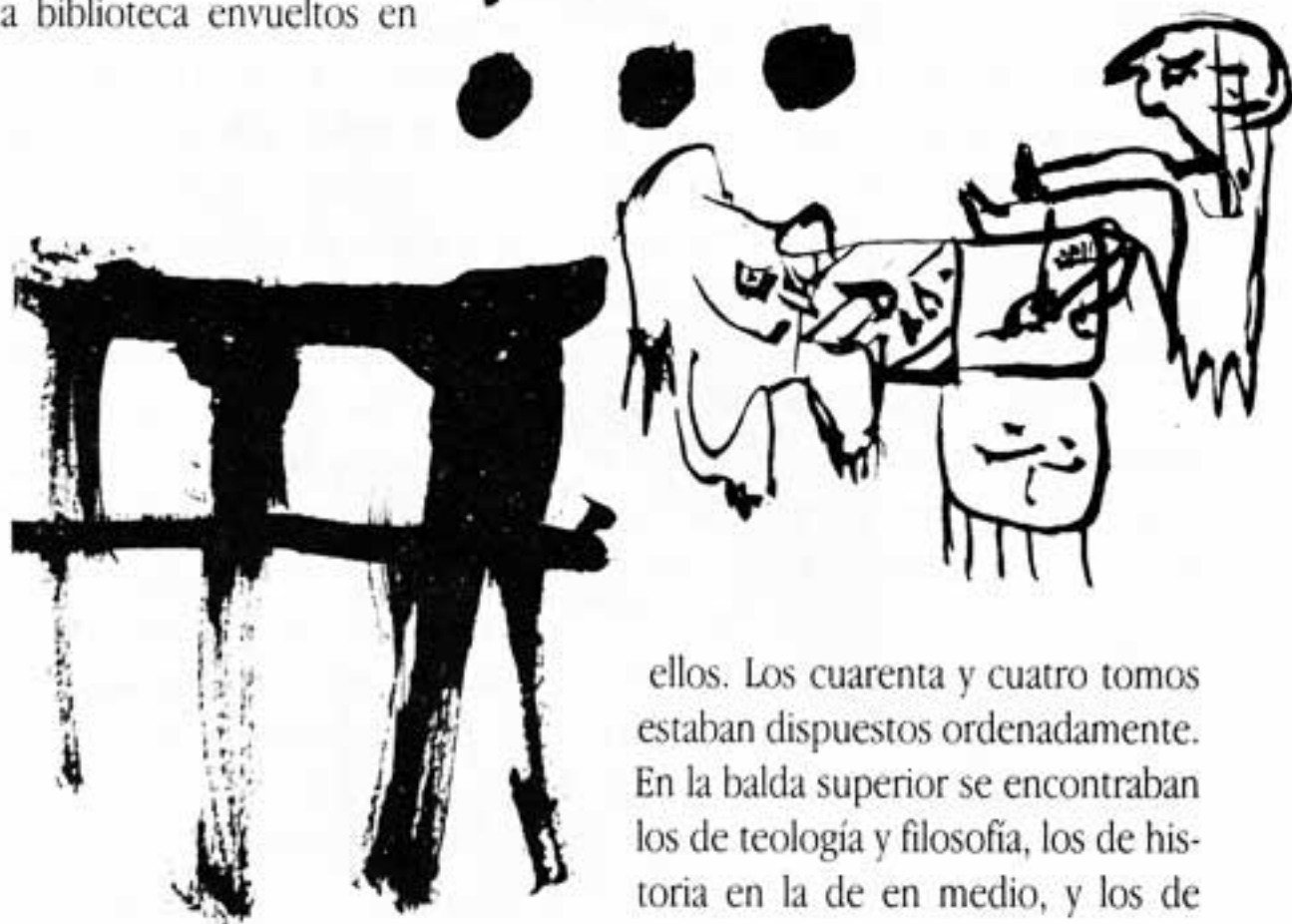
El héroe envolvió su figura de sauce en un amoroso abrazo murmurando, Sheila, amor mío.

James Joyce

Dos realidades, tres personajes, un cuento

Al bajar del tranvía las manos se buscaron, se empalmaron seguras, se protegieron. Una vez salvada la inercia y ya en la calle, sobre baldosas recién barridas caminaron hasta llegar a Tacuba. Salteadores de la distancia, apresurando el paso y requiebrando sombras dieron vuelta en Bolívar. Movíanse con la perpetua sensación de que el tiempo y su alevosa prisa los devoraba. Insigne el edificio con su arco principal bien resuelto y su portal fortificado y ahora con un compás de duelo porque se sabían cómplices, penetraron seguros y ascendieron al segundo piso de la biblioteca envueltos en

esa bruma clara de los pasillos. Recorrieron presurosos los estantes, quebraron el paso en la séptima fila, coincidieron en bajar la cabeza para evitar el golpe con una barra que detenía la inclinación de los estantes y salieron embistiendo la claridad de la sala. Una paz inerte, propia para exequias, desfloró la exquisitez de encontrarse con los libros. Inmanentes a la dicha, al placer encontrado y con la espesa certeza de que se encontraban allí, eligieron los volúmenes de lomos gastados. Sabían que inexplicablemente el espíritu de Sir Julius estaba con



▸ 25

ellos. Los cuarenta y cuatro tomos estaban dispuestos ordenadamente. En la balda superior se encontraban los de teología y filosofía, los de historia en la de en medio, y los de



poesía en la de abajo. Esta pequeña biblioteca que había sido de viaje era una caja forrada que semejaba un gran libro. En la tapa o puerta se encontraba el índice, y en hojas separadas la explicación conjeturada en *altas* de la disposición de los libros.

Incrédulos y satisfechos, sentados juntos, disfrutaban volver las hojas sin importarles comprender el código del escribano en turno. A ella, siempre piadosa y enamorada, el *Salterio de Gorleston* la hacía sentirse alejada; distante su vista, se veía frente a una librería tirada por caballos en la que podía deletrearse, en la puerta del cajón estante, Warrington, y un hombre

vestido a usanza antigua le hablaba en no sé qué idioma.

Cecilia abrió la boca sin darse cuenta y dijo: Sí. Y miró sorprendida a Diego. Apenada por su propia culpa tomó a Diego del brazo. ¿Puedes leerlo? preguntó. No, dijo ella, y le llevó la mano y la recorrió por la segunda línea y expresó que un hombre le señalaba en posición de ruego. Su presencia extraña, confesó a Diego, la estremecía, haciéndola sentir ajena y lejana.

No fue necesario llegar allí al siguiente día porque el sueño, ese viaje de alas ensoñadas y en posición ascendente y jubilosa, la había llevado a Warrington. Había sentido la espesa sensación de encontrarse en una calle que, aunque protegida por barandas en la parte céntrica, el lodo y el agua del río no cesaban en su empresa por inundar las veredas. Vestía a la usanza y pidió auxilio cuando el hombre le acercó el brazo para despojarla del catálogo de libros de Gorleston. Este incidente le trajo a la mente que se encontraba dormida y que de esta instancia saldría en cualquier momento. Sobresaltada despertó. Los ojos homicidas, la mirada confusa, desfigurada en alternación maestra la postraba en el fondo de sí misma frente a un Diego que amándola la protegía. ¿Qué había dicho la señora Dekker, qué sus ojos ensombrecidos? Cecilia comprendió la sustancia de su sueño, de su instantánea en paralelo que a *cappella* y a rebato la había llevado a sentirse otra. Comprendió que el llanto de un hombre que deseaba el amor se había perdido en una página completa.

La timidez o tal vez la conjetura guardada en su memoria la impedían del sosiego y la orillaban a confesar a Diego el entorno prometido. Se sabía en una Inglaterra vieja e imprecisa, dijo al fin, y le anunció a Diego que cuando la guerra civil y con los irlandeses como contrincantes, Cromwell

hablando de la religión en *la misa de todos los santos* había dicho que no era la primera cosa impugnada por Dios, y aunque los ingleses habían servido al rey en Holanda durante el reinado de Isabel, no sabían lo que era una guerra. Nunca le había sido difícil comprender la historia, pero sintiéndose allí vivía la angustia que le dejaba la sorpresa. La cabeza inclinada sobre la almohada y la extrañeza exhaustiva dejaban a Diego ausente. No podía comprender y una sonrisa leve le exigió a Cecilia que siguiera hablando; sin embargo, la alegría como una extensión de lo bueno la fortificaba para seguir en esa lucha interna que la agobiaba.

El halo y la excitación de acercarse conscientemente a los gruesos y antiguos volúmenes crecía y de manera desmesurada se iba apartando de sus intereses más claros. ¿Cómo encontrar la salida, el pasaje a ese despertar que se vislumbra asaz incierto? Una nueva paz la envolvía, porque el deseo de encontrarse allí superaba cualquier sensación ingrata. La altivez la llevó a raudos a sentirse ella misma en esa soledad que la aprovechaba. Había aprendido a vivir la angustia y la tristeza, el desvelo y la desmejora de sentirse abandonada, desprotegida por la inminente sensación de sentirse alejada.

Atizó la estufa de carbones encendidos y supo que se encontraba en afortunada espera, abajo el río y ese escrupu-

¿Cómo encontrar la salida, el pasaje a ese despertar que se vislumbra incierto?

loso galopar del tiempo que abrigaba la esperanza de salirse del sueño en donde vana la insistencia, la voluntad vencía por estar en ese agradable deseo de darse a sí misma y comprender la nitidez que ahora vivía.

Al atardecer, la señora Dekker se incorporó cuando Cecile le extendió su mano, una extrañeza que la hizo acercarse a ella y sentir el sentimiento maternal que la protegía. Cecile le habló de Diego y dijo que lo amaba y que del otro lado del sueño la protegía, y la señora Dekker comprendió esa instantánea certidumbre. Comprendió Cecile que al llegar a la puerta de postigos labrados, debía alzar la aldaba sin evitar sentir con la yema de los dedos las grecas que en forma de cuadraditos circulados adornaban la puerta.

Supo en ese momento que Warrington seguramente era una población y que no estaba en Maryport, ni en Burrow Wall ni tampoco cercana a Lancaster; sin embargo, seguía pensando en que Cromwell le era familiar, aunque nada había de cierto por-



Ya la besaba en la boca delirante, ya en la hermosa cabellera ensortijada

que en la decadencia del siglo tercero no existían paredes tan bien protegidas como las que se alzaban frente a su vista. Construcciones de Benwell o Haltoncherter o posiblemente Birdoswall. ¿En qué siglo se encontraba? Entreabría los ojos encantados cada vez que una angustia la probaba.

Diego, en calidad expectante e insólita, se inclinaba para besarla delicadamente temiendo estropear su pequeña voz extraña, ya la besaba en la boca delirante, ya en su hermosa cabellera ensortijada. Miró sus ojos y comprendió entonces el dolor y el placer que la acogían furtivamente. Lastimosamente, Cecilia comprendía su esperada ausencia y un desdén extraño se fue apoderando de su libre voluntad inquebrantable. El sueño se apoderó de ella y solamente la presencia de Diego a deshoras y en angustiada espera la hacían recordar. El médico en turno le exigió y la exhortó a reponerse, a procurarse la vida. Cecilia no despertó a la hora acostumbrada porque el asedio la debilitó cuando logró encontrar al hombre con los índices

del *Salterio de Gorleston*, y así como la interpelaba un juez, la comunidad la observaba extraña. Cuando el juez principal le pidió que declarara a la corte su procedencia trató de recordar Warrington. El asedio y la tolerancia de uno de los jueces la ayudaron y así relató un pequeño informe. A trancos salió de esa empresa y se vio con los catálogos bajo su brazo. Necesariamente la señora Dekker sabría qué hacer y se dirigió a su casa.

La señora Dekker la cuidaba porque la fiebre no cedía. ¡Puzzle! dijo al fin cuando Cecile recobró de pronto la consciencia y relató su vida con Diego cuando caminaban por una calle de baldosas recién barridas.

